

## PETRONIO Y ORSISE

DISCIPULOS DE SAN PACOMIO Y SUS SUCESTORES EN EL  
GOBIERNO DE LA ORDEN<sup>1</sup>.

La eleccion que San Pacomio hizo de Petronio para sucederle vale ella sola un grande elogio. Esta preferencia sobre tantos religiosos más antiguos y más eminentes en virtud no podía suponer en él sino un mérito extraordinario. Esto es lo que nos hace echar de menos el silencio de los historiadores sobre el detalle de sus acciones, aun cuando lo poco que de ello nos han dicho demuestra cuán digno él era de la estima de su Santo Patriarca.

Despegóse tan perfectamente del afecto del mundo al salir de él (Boll. v. S. Pac. n. 50.), que no puso jamás el pié en su casa desde que hubo abrazado la vida monástica, á la cual atrajo finalmente toda su familia; porque su padre, sus hermanos, sus parientes y sus criados imitaron su ejemplo, entregándose á Dios en la comunidad de Tabennes y sus hermanas entraron en la de las religiosas que estaba gobernada por la hermana de San Pacomio. A más de esto, su padre que se llamaba Psenebe, dió todos sus bienes á la orden y en particular al lugar llamado Theben ó Thebué, en donde San Pacomio fundó un monasterio de su regla. Finalmente toda aquella piadosa familia tuvo la dicha de perseverar y morir santamente en el estado que había abrazado.

En cuanto á Petronio, (Surius. pag. 13, § 88, y Rosow. p. 104.), se dice de él que era muy firme en la fe, muy humilde en la conversacion, muy prudente en la conducta, y perfecto en el discernimiento de que usaba en todas sus buenas obras. No se relajaba jamás, ni aun en las enfer-

<sup>1</sup> Surio, los Bolandistas.

medades, velando siempre igualmente sobre sí. Su caridad estaba llena de dulzura y compasion por las faltas de los otros; lo que le indujo á responder del cambio de vida de Silvano el comediante, del cual hablaremos en otro lugar, cuando San Pacomio le quiso echar del monasterio, á causa de las maneras chistosas que se le escapaban frecuentemente, por el mal hábito que de esto había contraido en el siglo. Y en efecto, vióse bien pronto que Silvano se enmendó enteramente y con un cambio perfecto vino á ser el objeto de admiracion de todos los hermanos.

Petronio era superior del monasterio de Tismen, cuando la enfermedad contagiosa causó la muerte á San Pacomio y á muchos otros religiosos. Hallábase él mismo atacado de ella cuando, estando próximo á morir este gran Santo, le nombró para sucederle, y le envió un expreso para que viniese á él diligentemente. Aun cuando la enfermedad le había debilitado mucho no dejó de obedecer las órdenes de su Santo abad, á quien cuando llegó encontró muerto.

Empleó toda la fuerza que le quedaba en conducir á todos sus religiosos, sirviéndose de la palabra de Dios y del recuerdo de las instrucciones y ejemplos de San Pacomio; pero no vivió más que trece dias en su empleo. Antes de entregar su alma reunió á los hermanos para saber de ellos á quién deseaban para sucederle. Todos le rogaron que hiciese él mismo la eleccion, como lo habian acostumbrado para con su santo padre Pacomio, y él nombró á Orsises que se hallaba presente, despues de lo cual murió y fué sepultado en la montaña con las oraciones y ceremonias acostumbradas.

Este Orsise, que algunas veces es llamado Orcese, Orsiese y Oriese, sobresalía en todas las virtudes, pero principalmente en humildad. Aun cuando no fué de los primeros discipulos de San Pacomio, se aprovechó tanto bajo su conducta, que mereció ser escogido entre muchos otros

para gobernar el monasterio de Chenobosco. Algunos ancianos se admiraron de ello, diciendo que era demasiado joven. San Pacomio les respondió que había hecho tanto progreso en la vía espiritual, que podía ser mirado como una lámpara de oro brillante en la casa del Señor.

Estaba presente con los principales de la orden (N, 73.), cuando Petronio, como acabamos de decir, le designó para sucesor suyo. Todos aplaudieron la elección, excepto él, que protestó gimiendo y llorando mucho, diciendo que la carga que querían echar sobre él era sobre sus fuerzas; pero no se tuvo miramiento ni á sus protestas ni á sus lágrimas, y viose obligado á bajar su cerviz al yugo.

Como él había estudiado perfectamente la conducta de su padre San Pacomio, conformó á ella la suya, y le hizo revivir en su dulzura, zelo, vigilancia, observancia regular, y sobre todo en la frecuente visita de los monasterios. Todavía no había recibido de Dios la misma luz que el Santo para hablar de las cosas espirituales; pero suplió esto con comparaciones y parábolas que hacían que se le escuchase con gusto.

« No ignorais, les decía un día, con qué profundidad de conocimientos en las divinas Escrituras acostumbraba á hablarnos de las cosas celestiales nuestro santo padre Pacomio. Pero me parece, en cuanto puede concebirlo mi pequeñez, que sería inútil habernos hecho las más hermosas exhortaciones, si no tuviéramos cuidado en conservarlas en nuestra alma velando cuidadosamente por la guarda de nuestro espíritu, porque de otro modo olvidamos lo que hemos oído y muy pronto caemos en la relajación; pues estando vacíos de buenos pensamientos, el demonio nos encuentra del todo dispuestos á recibir y ejecutar los que nos sugiere.

« Sucede en esto, proseguía él, como cuando habiendo uno preparado mucho una lámpara para servirse de ella, se ha

olvidado de poner el aceite. Pues entonces es inútil que pegue en ella fuego porque se apaga casi al instante y le deja en tinieblas. Algunas veces sucede una cosa fea; porque sobreviniendo un ratón y viendo la mecha apagada la roe y frecuentemente hasta arrastra la lámpara, la cual pronto se rompe si es de una materia frágil; pero se puede repararla y hacerla servir de nuevo, si es de una materia sólida y difícil de romper. Digamos poco más ó menos lo mismo de un alma que sea negligente en el cuidado de su salvación. La flojedad y la relajación disminuyen en ella poco á poco el ardor de la santa caridad, hasta que ya no queda casi nada de calor espiritual. El demonio procura apagarlo del todo con nuevos tedios y descaecimientos que le causan; pero si esta alma, antes de su relajación, había tenido cuidado de hacerse, por decirlo así, una fuerte constitución espiritual en el servicio de Dios por el temor de ofenderle, entonces el recuerdo de las penas eternas le serviría mucho para llevarla nuevamente á Dios y para hacerla volver á su primer estado de donde la había hecho caer su cobardía ».

De este modo instruía á sus religiosos, usando, según la medida del talento que Dios le había dado, de estas comparaciones familiares que hacían que se le escuchase agradablemente y siempre con utilidad. Pero en lo sucesivo Dios aumentó en él su luz y, prestando á sus discursos fuerza y viva energía para el consuelo de los hermanos, ya no les instruía con parábolas sino que les desarrollaba los puntos más difíciles de la Escritura. Recomendábales también frecuentemente la observancia de las reglas que San Pacomio había establecido, y de todas las órdenes que recibían de los superiores.

Habiendo sido San Atanasio gloriosamente restablecido en su sede de Alejandría, según la predicción de San Pacomio, Orsise le envió algunos de sus religiosos, á cuya cabeza estaba Zaqueo, procurador general de la orden. Ha-

biendo sabido estos que San Antonio se hallaba en la montaña exterior, quisieron aprovecharse de una ocasion tan favorable para verle y pedirle su bendicion.

Desde que el santo viejo supo que iban á verle, se levantó al instante del lugar en que estaba sentado, y á pesar de su avanzada edad de noventa y ocho años, fué á ellos con una grande demostracion de gozo y les preguntó con interés noticias de San Pacomio. Ellos no respondieron á su pregunta sino con lágrimas que fácilmente le hicieron comprender que estaba muerto. Procuró consolarles haciendo el elogio de su santo padre y exhortóles á tener valor y á trabajar con todas sus fuerzas en adquirir la perfeccion religiosa.

Preguntóles en seguida quién habia sucedido á San Pacomio. Respondieronle que el Santo habia nombrado á Petronio, pero que, habiendo muerto este pocos dias después, Orsise habia sido puesto en su lugar. Sea que la reputacion de Orsise hubiese ya llegado hasta el Santo, sea que Dios se lo hubiese dado á conocer por medio de una luz sobrenatural, lo cual no habria sido extraordinario en el gran Antonio, les dijo: « No le llameis Orsise, sino más bien un israelita; y puesto que vais á ver al obispo San Atanasio, decidle esto de mi parte: Antonio os suplica que tengais á bien tener cuidado de los hijos espirituales del israelita. » Envióles á más de esto cartas de recomendacion para el santo prelado y les dió su bendicion.

Habiendo San Atanasio recibido las cartas que le enviaron de parte de San Antonio, les dió por consideracion suya todas las señales de benevolencia y afecto que podian desear. En lo sucesivo se verá cuánto se interesó por el sostenimiento de su orden.

Orsise por su parte ponía todo su cuidado en el desempeño de su cargo, y en efecto, la congregacion perseveró algun tiempo bajo su gobierno en la piedad y union en que

San Pacomio la habia dejado, encontrándose por otra parte sostenido por muchos antiguos discípulos del Santo á quienes habia perdonado el mal contagioso; pero como este habia tambien arrebatado á muchos de los principales, Orsise tuvo que encargarse de muchos empleos; y parece, segun el orden de la narracion del historiador, de cuyas memorias nos servimos aqui, que habia ya empezado á meterse entre los religiosos cierto espiritu de ambicion que amenazaba alterar la paz que Orsise con todo el cuidado posible procuraba conservar.

Esto puede conjeturarse por los reproches que les dirigió por esto en una conferencia espiritual: « Advierto, les decía, que algunos de vosotros ambicionan los empleos. No sucedía así en vida de vuestro bienaventurado padre. Entonces nadie aspiraba á otras preeminencias que á las de la humildad y obediencia, por miedo de ser de los últimos en el reino de los cielos. Ya sabeis vosotros cuánto me costó determinarme á suceder á Petronio, cuándo me nombró para ocupar su lugar viendo el gran peligro que hay en encargarse de la conducta de las almas. En esto no he seguido más que el sentimiento de todos los santos. Moisés, el primero de los profetas, nos dió de ello el ejemplo, cuando el Señor le ordenó que condujese á su pueblo, puesto que le suplicó que le dispensasen de un tan difícil ministerio, y solo se encargó de él por el temor de incurrir en su indignacion.

« En cuanto á nosotros, hermanos míos; podemos oír aquel oráculo del Salvador del mundo: *El que se ensalza sera humillado*, y conservar en nuestro corazon sentimientos de ambicion? ¿Ignoramos que no está concedido á todos gobernar dignamente, y que esto solo pertenece á los que son levantados sobre los demás por la eminencia de su virtud? Fijáos en la siguiente parábola: Si un ladrillo no está bien cocido y se le emplea para el fundamento

de un edificio que esté á orillas del rio, en menos de un dia se deshará, y de nada servirá para el edificio ; pero si está bien cocido, se endurecerá como la piedra. De la misma manera los que tienen todavia el espíritu y el corazon totalmente terreno y no están, por decirlo así, bien preparados para el fuego de las divinas instrucciones, no tardan mucho en dar al traste con sus empresas ; porque se encuentran expuestos á un gran número de dificultades y pruebas, si tienen que conducir á una multitud de personas. Del mismo modo no pueden ser bastantemente alabados aquellos que, no sintiéndose con bastante fuerza para sostener el peso del gobierno, rehusan encargarse de él por miedo de meterse en grandes peligros. Al contrario, á los que están sólidamente firmes en la fé nada les inmuta, sino que se les vé sostenerse constantemente en las más críticas ocasiones. »

Esta secreta ambicion de algunos (N. 18.) que él procuraba reprimir, fué como el preludio de una turbacion que se levantó en la congregacion y que le causó muchos disgustos é inquietudes. Habiéndose aumentado considerablemente el número de los religiosos, la necesidad de mantenerlos obligó á adquirir tierras y á emplear otros medios para su subsistencia. Pero la solicitud de lo temporal tomada con demasiado calor y contra el espíritu de la regla, debilitó tambien en muchos superiores ú oficiales subalternos, el recogimiento y desapego del corazon, y empezó á enervar en ellos el vigor de la disciplina.

Apolonio superior de Moncosa, fué quien inició el movimiento. Siendo así que segun la regla establecida por San Pacomio, la congregacion no debía tener nada que no fuese comun, este quiso hacer adquisiciones particulares y hasta supérfluas para su monasterio. Orsise, á quien el deber de su cargo obligaba á velar para impedir que se innovase nada contra la regla, advirtióle caritativamente

de su falta y reprendióle despues de ella más severamente : pero Apolonio recibió mal la correccion, é instigado por el enemigo de la salvacion que en otro tiempo habia amenazado á San Pacomio con introducir despues de su muerte la relajacion en la congregacion, resolvió separarse de ella y hacer de su monasterio como una abadía independiente de la órden.

Su ejemplo encontró pronto imitadores. Otros se creyeron autorizados á intentar la misma cosa, y por más cuidado que puso Orsise en detener la corriente del mal, tuvo el dolor de ver que sus esfuerzos eran casi inútiles á causa de la inflexible obstinacion de aquellos espíritus ambiciosos y turbulentos.

En tan crítica coyuntura pensó en asociarse al gobierno á algun religioso capaz de restablecer la buena armonia, por la confianza que los hermanos pudiesen tener en sus consejos. Para esto no se requería más que un sujeto escogido por la mano de Dios, y esto es lo que procuró él obtener por medio de la oracion.

Retiróse para esto á un lugar solitario, en donde, dando rienda suelta á sus suspiros y gemidos á los pies de Dios, rogóle humildemente que le designase un hombre lleno de firmeza y valor que pudiese remediar aquellos abusos.

La misma noche, dióle Dios á conocer su voluntad en un sueño misterioso que no le fué difícil interpretar. Vió dos camas, igualmente hermosas y preciosas ; pero la una era vieja y usada, y la otra nueva. Esta última por consiguiente era más fuerte y sólida que la otra. Al mismo tiempo oyó las siguientes palabras : Descansa en la cama nueva. Al despertar, reflexionando sobre esta vision comprendió que Teodoro, discípulo favorecido de San Pacomio, era designado por esta cama nueva. Este conocimiento le alivió su pena, tanto más cuanto que amaba tiernamente á Teodoro y le conocía por un hombre muy á propósito para sobre-

ponerse á las murmuraciones de los otros, ó para apaciguarlos con la dulzura de su humildad.

Desde la mañana creyóse en el deber de convocar á todos los superiores de los diferentes monasterios, á escepcion de Teodoro, y viéndolos á todos reunidos, les dijo: « No ignorais de qué turbaciones está agitada la congregacion. Yo he sufrido bastante tiempo con la creencia que la calma sucedería por último á la tempestad; pero mis esperanzas han salido frustradas, y muy lejos de ver aparecer de nuevo la paz, el desórden va en aumento. Os confieso que no puedo sostener solo tantas solicitudes, y presumo que no me obligareis á ello, puesto que veo que nada puedo remediar. Pienso que Teodoro es en la ocasion presente el más á propósito para gobernar la órden, tanto más cuanto que desde hace mucho tiempo se ha adquirido la estima de todos los religiosos, como tenia la de nuestro padre. »

Esta eleccion fué recibida por todos con alegría; porque en todo tiempo habíase tenido una gran confianza en Teodoro. Enviósele pues á buscar para reconocerle como abad general; y mientras que se le aguardaba (N. 83.), Orsise se retiró sin ruido al monasterio de Chenobosco; pero pronto fué obligado á volver, puesto que Teodoro se obstinaba absolutamente en rehusar encargarse de su lugar, hasta tanto que le hubiese hablado.

Habiendo vuelto, logró hacérselo aceptar, y volvió muy satisfecho á Chenobosco, desde donde, algun tiempo despues, se fué á morar á Moncosa, ya para hacer ver que no tenia ningun resentimiento contra los religiosos de aquel monasterio en donde habia comenzado el mal, ya para gustar en él las ventajas del retiro y de la obediencia en el estado de una vida privada.

Pero Teodoro no lo entendió así: no se miró más que como su segundo en el gobierno, y aun cuando Moncosa estaba todavia más lejos que Chenobosco del monasterio de

Pabau en donde habia fijado su morada, no dejaba de ir con frecuencia á Moncosa para recibir allí sus consejos en lo tocante á todos sus negocios. Instóle además á que fuése á morar á Pabau para hacer las conferencias espirituales á los hermanos. Quiso que hiciese como él la visita de los monasterios. Por último Teodoro no quiso ser más que como el vicario de Orsise, y su union era tan estrecha que era la admiracion y el consuelo de los religiosos.

Uno y otro eran igualmente queridos por el gran San Atanasio, quien les miraba como los dos firmes apoyos de la órden de Tabennes, para la cual se interesaba con una bondad paternal, y cuyo gobierno deseaba de corazon que no dejasen, viendo cuán aptos eran para él. Pero aun cuando con su vigilancia y aplicacion en el sostenimiento de la regla, conservasen á la congregacion en un estado de regularidad muy edificante, no puede disimularse que el deseo de los bienes temporales fué siempre una piedra de tropiezo para algunos; lo cual era causa de grandes disgustos para Orsise y Teodoro, y haciales gemir sin cesar delante del Señor.

A más de este motivo de dolor, Orsise tuvo finalmente el de perder á Teodoro y verse obligado á tomar por sí solo las riendas del gobierno. Su humildad que le hacía mirar á este colega como mucho más apto que él para guiar á los otros, le hizo desear morir en su lugar y lo pidió á Dios con muchas lágrimas y suspiros.

« Ved ahi, Dios mio, decia él, prosternado el rostro en tierra, que vais á quitarnos á nuestro padre á quien habeis dado el mejor talento para poner en calma nuestros espíritus agitados por diversas tentaciones. ¿ A quién confiareis en adelante el cuidado de nuestras almas? Quitadme más bien de este mundo y conceded á los hermanos al que és más apropósito que yo para conducirles á la perfeccion. »

Teodoro le había ya prevenido, y había alcanzado de Dios orando sobre el sepulcro de su padre San Pacomio que no le dejaría más tiempo sobre la tierra. Así que Orsise se vió obligado con su muerte á tomar sobre sí todo el peso de la superioridad y la voluntad de Dios le fué manifestada por las instancias que de ella le hizo San Atanasio escribiendo á los monges de Tabennes para consolarles por la muerte de su santo abad, y por una nueva fuerza y una mayor inteligencia que el Señor le daba de las santas Escrituras. Tuvo despues el consuelo de gobernar todavia durante mucho tiempo toda la congregacion con una dichosa tranquilidad y murió por último en la paz del Señor sin que se sepa ni en qué dia ni en qué año.

Muchos autores le califican de santo (Boll. v. Pach. p. 334.), aun cuando su nombre no se encuentra ni en el *Martirologio romano*, ni en el *Menologio* de los Griegos. Solamente se ve en un si sinaxario manuscrito, (libro de oficio griego) á Orsise fijado al 15 de junio.

Créese tambien que él y San Teodoro añadieron algunos artículos á la regla de San Pacomio, segun lo juzgaron necesario atendidas las circunstancias de los tiempos. De donde resulta que esta regla, traducida por San Jerónimó, lleva por título que estos son los preceptos dados por tres ancianos.

Gennado dice de él que estaba perfectamente instruido en las sagradas Escrituras y que estando próximo á morir dejó á sus religiosos un tratado ascético como su testamento espiritual, sazonado con una gracia del todo divina, en el cual encierra en compendio todo lo que había encontrado en el Antiguo y en el Nuevo Testamento que convenia más particularmente á las necesidades de los monges (Véase Till., t. 8, n. 8, sobre S. Teod. 1. 761.) Este es quizás el que se encuentra impreso en la *Biblioteca de los padres*, y que es un continuo tejido de los pasages de la

Escritura, de los que ha hecho muy justas aplicaciones.

Las últimas palabras de este tratado muestran que Orsise estaba muy próximo á terminar su carrera cuando lo dirigió á sus religiosos :

« Os hablaré todavia, decia él, queridos hijos mios, con confianza. Desde que el Señor quiso que yo me encargase de vuestra conducta, no he cesado de daros consejos á cada uno en particular, y de exhortaros con lágrimas á haceros agradables á Dios. No me remuerde la conciencia de haberos jamás ocultado nada de lo que creía poder servir á la salvacion de vuestras almas. Al presente, os recomiendo al Señor, y deseo que su gracia os fortifique y os haga llegar á la herencia celestial. Sed vigilantes ; trabajad con ardor ; no perdais jamás de vista el fin que os habeis propuesto y cumplid fielmente los compromisos que habeis contraido.

« En cuanto á mí, siento que me voy y que se acerca el tiempo de mi disolucion. He combatido en parte en buen combate ; he terminado mi carrera ; he guardado la fe ; ya no me queda más que recibir la corona de justicia que Dios, como un justo juez, me ha reservado para este dia, así como á todos aquellos que han amado la justicia y guardado los preceptos de su Padre. Termino con aquellas palabras que encierran todo cuato pudiera deciros : Temed al Señor y observad sus mandamientos ; porque él en su juicio examinará todas las obras del hombre, sean buenas sean malas. »